

# Revista

de

# Ciencias Económicas

PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS  
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO  
DE GRADUADOS

---

La dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

#### DIRECTORES

Víctor M. Molina  
Por la Facultad

Juan Girelli  
Por el Centro de Estudiantes

Emilio Bernat  
Por el Colegio de Graduados

#### SECRETARIO DE REDACCION

Carlos E. Daverio

#### REDACTORES

Enrique Loudet  
José H. Porto  
Por la Facultad

Francisco M. Alvarez  
Amadeo P. Barousse  
Por el Colegio de Graduados

Andrés D. J. Devoto  
Alfredo Bonfanti  
Por el Centro de Estudiantes

---

AÑO XXI

ENERO DE 1933

SERIE II, Nº 138

---

DIRECCION Y ADMINISTRACION  
CALLE CHARCAS 1835  
BUENOS AIRES

de José González Galé

## El problema de la población<sup>(\*)</sup>

### CAPITULO VI

#### MALTHUS Y SUS CONTEMPORÁNEOS

##### I

Un economista inglés — James Bonar — autor de uno de los libros más agudos que se han escrito sobre Malthus, explica la extraordinaria resonancia alcanzada por el “*Ensayo*” diciendo que daba la sensación de *poner orden en el caos*.

Otros — al decir de Bonar — habían dado respuestas más o menos satisfactorias acerca del problema de la población de los pueblos antiguos o de las *Poor-Laws* (leyes de pobres). Sólo Malthus supo vincular ambas cuestiones y ver su interdependencia. Apuntaba a Godwin y a Condorcet, pero hacía blanco en el ministro Pitt que, para remediar la miseria, proponía la reforma de las leyes de pobres en el sentido de dar mayores socorros a los que tuviesen más hijos. Es decir, que la parte *política* del ensayo primó sobre la meramente *económica*.

Por lo demás, Malthus lo dice claramente: “El objeto de este libro no es tanto proponer nuevos planes para mejorar de la sociedad, como inculcar la necesidad de contentarse con aquellas mejoras que ya vienen actuando, en parte, como dictadas por la misma naturaleza, sin obstruir los progresos que, en tal camino y por otros medios, lleguen a hacerse.”

---

(\*) Continuación. Véase nuestro número anterior.

“ Sería, indudablemente, muy ventajoso que todas nuevas instituciones positivas y el tono mismo de nuestra conducta hacia los pobres cooperasen activamente en esta lección de prudencia, impartida por el curso normal de los acontecimientos humanos, y que, si nos encargamos de mitigar los castigos naturales de la imprudencia, podamos compensarlo aumentando las recompensas de la conducta opuesta. Mucho se conseguiría si las instituciones que tienden directamente a alentar el matrimonio fueran modificadas gradualmente y cesáramos de circular opiniones y de inculcar doctrinas que quebrantan, positivamente, las lecciones de la naturaleza.”

“ El bien limitado que, a veces, estamos en condiciones de hacer se pierde, a menudo, por querer hacer demasiado...” “ Yo espero haber evitado ese error en la aplicación práctica de los razonamientos de este libro...” “ Que la principal y más permanente causa de pobreza tiene escasa o ninguna relación directa con las formas de gobierno, o con la *desigual división de la propiedad*, y que, como los ricos no tienen, en realidad, *poder* para hallar empleo y *sustento* para los pobres, éstos no pueden, en la naturaleza de las cosas, *tener derecho* a reclamárselo, son verdades importantes que fluyen del principio de población el que, cuando se explica conveniente, no resulta en manera alguna superior a la más vulgar capacidad.”

Se concibe sin esfuerzo la sensación que tales conceptos, tan crudamente expresado, habían de causar. Los que seguían enamorados de las ideas liberales, puestas en acción por los prohombres de las revoluciones americana y francesa, se sintieron heridos en sus más caros sentimientos. Los que no podían borrar de su retina las espantables escenas del terror; los que veían en Bonaparte — hechura de la revolución — una grave amenaza para la prosperidad — y hasta para la vida misma — de la Gran Bretaña; los hombres que, en todo tiempo y lugar, se declaran defensores del orden y de la tranquilidad, recibieron las doctrinas de Malthus como una bendición.

Y se empezó la polémica.

En la semana santa del año 1800, un ministro protestante, el Dr. Samuel Parr, pronunció un sermón en el Hospital de Cristo de Londres, cuyo tema era un versículo de la Epístola de San Pablo a los Gálatas (Cap. VI, 10) que dice: “ Así que, entre tanto que tenemos tiempo, hagamos bien a todos y,

“mayormente, a los domésticos de la fé.” Censuraba en él las exageraciones de los filántropos que, por querer llegar demasiado lejos, descuidaban la asistencia debida a sus amigos y vecinos, y, con ello, malograban todo esfuerzo.

Era un ataque directo a Godwin y a los que como él pensaban. Y la multitud de citas — sacadas del “Ensayo de Población” — que le agregó, en forma de notas, al publicarlo, pusieron más de manifiesto tal propósito.

Ya antes, en 1799, Sir James Mackintosh, un antiguo amigo y aliado de Godwin, se había pronunciado contra él en un “Discurso sobre la Ley de la Naturaleza y las Naciones”.

Godwin no tardó en contestar, y en 1801 publicó, con el título de “Pensamientos sugeridos por la lectura del Sermón del Dr. Parr”, un libro en el que hacía frente a sus tres antagonistas. Se declaraba sorprendido por el ultrajante desdén con que afectaba tratarle su ex amigo Mackintosh, y por el veneno que destilaba el Dr. Parr.

En cuanto a Malthus su actitud es otra. Es una ideología contraria a la suya la que se le opone, no una agresión personal. Acepta algunas de las ideas del Ensayo, pero le reprocha que tenga un concepto demasiado pobre de los recursos del intelecto humano. Y no dar suficiente peso al hecho de que en Inglaterra, por ejemplo, la prudencia y el orgullo impiden los matrimonios prematuros. Cuando el mundo progrese suficientemente ése será un sentimiento general.

Malthus tuvo conocimiento de estas observaciones, antes de su publicación en el volumen mencionado, por una carta del propio Godwin, fechada meses después de la aparición del Ensayo, y a esas observaciones replicó extensamente haciendo notar que la *prudencia* induciría a cada cual a asegurarse *algo más* del mínimo indispensable. Y presentaba a Godwin este dilema: “Si Vd. lo evita, ¿dónde queda la libertad? Si lo consiente, ¿qué se ha hecho de la igualdad? La simple admisión de que se requiere prudencia para evitar la miseria que implica un exceso de población, *transfiere* a la conducta individual, las censuras hechas a las instituciones públicas. Tan cierto es ello que, casi bajo la peor forma de gobierno, donde haya apenas una tolerable libertad de concurrencia, basta que los trabajadores no se casen, y dejen, por lo tanto, que disminuya su número, para que mejore, en el acto, su situación. En cambio, si bajo el mejor de los gobiernos se casan y su número aumenta con exceso, empeorará inmediatamente su condición”.

Como hace notar Bonar, el argumento esgrimido contra Godwin se volvía contra Malthus, cuyo ensayo no tomaba en cuenta la *prudencia*. La *moral restraint*, introducida a raíz de la segunda edición, es, pues, en cierto modo, debida a Godwin.

Otros muchos filósofos y literatos combatieron a Malthus. El poeta Shelley — yerno de Godwin — escribió en el prólogo de su poema *La sublevación del Islam*: “La metafísica y las “ investigaciones levadas a cabo en el campo de las ciencias “ políticas y morales han quedado reducidas, sencillamente, a “ vanas tentativas para revivir inertes supersticiones, o sofis- “ mas como los de Malthus, destinados a adormecer a los opre- “ sores de la humanidad en la seguridad de un triunfo perdu- “ rable”.

Un ejemplar de la segunda edición del Ensayo — que se conserva en el Museo Británico — perteneció al poeta Coleridge y está lleno de anotaciones marginales en tinta y en lápiz. Son observaciones ásperas: algunas hasta injuriosas. Una se reduce a un simple monosílabo: *ass* (asno).

La mayor parte de esas notas figuran transcritas, palabra por palabra, en una crítica firmada por Southey y publicada en la Revista Anual de Aitken, tomo II, correspondiente al año 1803.

William Cobbet, escritor político y ensayista, es el autor del mote *Parson* (clérigo) que algunos aplicaron despectivamente a Malthus. El pasaje en que lo usó por primera vez se hizo popular; es el siguiente:

“—¿Cuántos hijos — dije — calcula Vd. tener, por lo “ menos?

“—No me cuido de calcularlos — contestó el hombre —. “ Dios nunca manda bocas sin mandar alimentos.

“—¿Oyó Vd. hablar alguna vez — pregunté — del clérigo “ Malthus?

“—No, señor.

“—Si hubiera oído él sus palabras se habría sentido agra- “ viado; porque él pide una ley del Parlamento para impedir “ que los pobres se casen jóvenes y tengan tales lotes de hijos.

“—¡Qué salvaje! — exclamó la mujer, mientras el mari- “ do reía, creyendo que yo bromeaba.”

De seguir citando habría que mencionar a todos los hombres de espíritu liberal. Veían en Malthus, no al creador de una teoría económica, más o menos bien fundada, sino al defensor de los viejos privilegios de casta; al apóstol de la injusticia social. Por eso lo atacaban tan rudamente.

## II

En cambio, Malthus había conseguido la adhesión definitiva de las clases dirigentes.

Hombres como Pitt, Copleston y Whitbread, entre los políticos; Paley, James Mill, Hallam, Brougham y Mackintosh, entre los filósofos, ensayistas e historiadores; Ricardo y Senior, entre los economistas, estuvieron desde un principio con él, o se pasaron a su partido, después, con armas y bagajes. De las dos grandes revistas de su tiempo: la *Edinburgh Review* y la *Quarterly*, la primera se puso desde el principio al lado suyo; la segunda empezó combatiéndolo con violencia (1812); amainó, luego, su oposición (1813 y 14); manifestó dudas más tarde (1816); y concluyó por entregársele por completo (1817).

Por éso, al publicar en ese último año, la quinta edición de su libro, pudo Malthus sentirse magnánimo y escribir: “ Siempre estaré dispuesto a borrar de mi obra todo aquello “ que los jueces competentes crean capaz de producir un efecto contrario y de perjudicar a los progresos de la verdad. “ Por deferencia hacia tales jueces, he hecho desaparecer ya “ todos los pasajes que más objeciones habían suscitado, y, “ sobre todo, en esta edición, he introducido cambios de tal género que me lisonjeo de haber, con ellos, mejorado la obra “ sin alterar el principio. Pero, antes o después de tales cambios, todo lector ecuánime debe reconocer — así lo creo — “ que el objeto práctico ambicionado por el autor sobre toda “ otra cosa, y, sea cual sea el error de juicio en que haya “ podido caer, fué sólo el de mejorar la suerte y aumentar el “ bienestar de las clases inferiores de la sociedad.”

No cabe mayor moderación.

¡Cuán lejos estamos de las páginas apasionadas del primer ensayo!

Bien es verdad que ni el autor ni la época eran los mismos.

El autor pasaba del medio siglo y era un personaje considerable. Los tiempos eran de calma y de reposo. Napoleón se consumía prisionero en Santa Elena; el Congreso de Viena había rehecho las fronteras de Europa; la Santa Alianza velaba, arma al brazo, para que los masones y los carbonarios no fueran una amenaza para la paz del mundo, y, de aquella hoguera voraz que empezó a arder en París en 1789 y amenazó en un momento dado consumir todo lo existente, no quedaba, al parecer, ni cenizas.

## III

Se conoce con el nombre de *malthusianismo* — o, mejor aún, de *neomalthusianismo* — un sistema teórico que proclama la necesidad de *regular* el número de los nacimientos y da, a la vez, los *métodos prácticos* para conseguirlo.

En realidad — digámoslo cuanto antes — Malthus no tiene nada que ver con tales *doctrinas*.

Su autor es Francisco Place, un contemporáneo de Malthus que, nacido en las más inferiores capas sociales, logró alcanzar en su edad madura una posición económica desahogada y una cierta consideración intelectual. Había dedicado una buena parte de su vida a la realización de obras tendientes a elevar el nivel moral y material de los trabajadores y no se desinteresó jamás de tales problemas.

La lectura de los libros de Godwin y de Malthus le dejó insatisfecho. Las esperanzas del primero le parecieron utópicas; las conclusiones del segundo demasiado duras. Además, en su juventud había estado a punto de ver malograda su vida por culpa del triste ambiente que le rodeaba. Su casamiento en edad temprana, con una joven llena de altas cualidades morales, le salvó. Aceptaba, sin esfuerzo, lo fundamental de la doctrina de Malthus, pero no admitía la conveniencia de *retardar* los casamientos. Esas reflexiones le llevaron a buscar para el problema otra solución. Y así nació el libro que, con el título de *Ilustraciones y pruebas del Principio de Población* publicó en 1822 y en el que se sugerían, por primera vez, las prácticas que constituyen lo que se conoce con el nombre de malthusianismo.

No es posible dudar de la buena fe de Place al escribir su libro. Hombre moral, sano de espíritu y lleno de simpatía hacia sus antiguos compañeros, los trabajadores, buscaba, sinceramente, la solución de un problema angustioso para la clase obrera. Por éso, después de analizar minuciosamente los argumentos de Godwin y de Malthus, expone su propia solución, en el Capítulo VI de su obra. Digamos, antes de continuar, que Godwin en su segunda respuesta a Malthus — respuesta desgraciada en todos sentidos — insinuaba, como posible remedio de la superpoblación el *infanticidio*, alegando, entre otras razones, que ya en tiempos pasados se había recurrido a él.

Place adopta otra posición. Reconoce que el mercado de trabajo se desvaloriza cuando hay una oferta excesiva de bra-

zos, y que ésta se producirá fatalmente si no se pone coto al crecimiento de la población. Pero él piensa que “si — sobre todo — se entendiese claramente, una vez por todas, que no es desdoloroso para los casados tomar aquellas medidas de precaución que, sin ser dañosas para la salud ni atentatorias contra la delicadeza femenina, evitan la concepción, se tendría, al fin, un obstáculo suficiente para evitar que la población creciese más allá de los medios de subsistencia.” Recuerda, más adelante, que, según Malthus, no es posible esperar ninguna mejora permanente en las condiciones de los pobres mientras no se refuercen los obstáculos *preventivos*, y agrega, por su parte, que nada es más cierto, pero que el método por él propuesto elimina toda discusión acerca de si son o no conducentes o crueles el infanticidio y la supresión de la ayuda parroquial para los niños.

Y añade poco después: “Es *infantil* abstenerse de poner o desarrollar un medio cualquiera, por repugnante que nos parezca, a primera vista; lo único que debe preocuparnos al eliminar un peligro, es no suscitar otro mayor...” “El remedio más eficaz contra los amoríos ilegales es el matrimonio...” “Si se adoptasen los medios para evitar el nacimiento de un número de hijos mayor que el que una pareja desea tener, y, si la clase trabajadora pudiera mantenerse, así, por debajo de la demanda, los salarios subirían lo bastante para que todos tuviesen asegurada una vida confortable y todos se podrían casar.”

Tal es la génesis del *malthusianismo*.

Hay, sin embargo, quienes lo hacen derivar de James Mill, padre del famoso economista Juan Stuart Mill y economista él también, aunque de menor envergadura. En el artículo *Colonia*, publicado en el suplemento de la Enciclopedia Británica de 1818, expresa la opinión de que *si las supersticiones de la nursery no lo impidiesen* sería fácil hallar los medios de cegar una de las fuentes más abundantes de mal-estar. Y, en los *Elementos de Economía Política*, publicados tres años después — uno antes de la aparición del libro de Place — al hablar de la población, recomienda *prudencia* para que los matrimonios “No lleguen a tener hijos más allá de un cierto número.” Y, más adelante, agrega: “El gran problema práctico estriba, por lo tanto, en hallar la manera de limitar el número de los nacimientos.”

Se ve, por estas citas, que no tenía ideas precisas al res-

pecto, o que, si las tenía, no se atrevía a exponerlas — como Placc lo hizo más tarde — con toda claridad.

Un año después de publicado el libro de Placc, a mediados de 1823, se inició una activa campaña en favor de las nuevas doctrinas.

A manos del Director del *Manchester Guardian* llegaron unas circulares para ser entregadas a cierta señora Fildes, que consagraba gran parte de su tiempo al ejercicio de la caridad. Eran unos consejos “a los casados de ambos sexos”. La señora Fildes, al principio, se sintió molesta y llegó a quejarse ante las autoridades judiciales. Más tarde se convirtió en una entusiasta propagandista de las nuevas prácticas.

Las “*circulares* diabólicas” — así se las llamó — eran anónimas y estaban redactadas en tres formas distintas destinadas, dos de ellas, a los casados de ambos sexos pertenecientes, respectivamente, a las clases obreras y a las clases acomodadas. Los destinatarios de la tercera eran “los lectores maduros de ambos sexos”. Nunca pudo saberse a ciencia cierta quién era su autor, aunque hoy, parece lo más probable que fuera el propio Francisco Placc.

Iniciada, así, la campaña no faltó quien la prosiguiera con entusiasmo. Richard Carlile, conocido por sus ideas avanzadas, publicó en París, en 1825, *El Libro de toda Mujer* cuyo título es de por sí bastante expresivo, que constituye el primer tratado de *ciencia* (?) anticoncepcionista, y del que, en ocho meses, se vendieron más de cinco mil ejemplares.

Roberto Dale Owen, hijo del conocido escritor socialista Roberto Owen, quiso dar bases morales a la doctrina y publicó en Nueva York, en 1830, su *Moral Fisiológica* que alcanzó, en menos de un año, cinco ediciones.

Y un médico americano, el Dr. Carlos Knowlton, editó en Boston en 1893, una obra: *Los Frutos de la Filosofía*, escrita con todo desenfado y entera libertad de pluma.

Pero la campaña anticoncepcionista fué de escasa duración. La creciente prosperidad de Inglaterra se reflejaba inevitablemente en las clases obreras que, al ver mejorada su situación económica, perdían todo estímulo para entregarse a prácticas que, en el fondo, las gentes del pueblo consideraban poco decorosas.

En 1854, el Dr. Jorge Drysdale inició una nueva campaña en pro del neomalthusianismo publicando un grueso volumen titulado: *Elementos de Ciencia Social*, en el que plantea la inquietante cuestión de si es posible o no lograr, a la

vez, pan y amor. Y la resuelve afirmativamente, dando al efecto toda clase de minuciosas indicaciones. Más tarde organizó la "Liga en pro del malthusianismo", que llegó a tener ramificaciones en toda Europa.

Los trabajos de la liga tuvieron poca resonancia hasta que, en los años 1876 al 78, una mujer extraordinaria, la señora Annie Bessant, y el *leader* obrerista Carlos Bradlaugh, iniciaron una nueva y violenta campaña, cuya arma principal era la difusión del opúsculo del Dr. Knowlton. Los propagandistas fueron perseguidos por atentado a la moral pública y, aunque al final fueron absueltos, la señora Bessant concluyó por abandonar la empresa para dedicarse a la teosofía. La época *Victoriana* — una de las más prósperas de Inglaterra — no era propicia para campañas de esa índole. Sin embargo, el terreno estaba preparado y no tardaría mucho en dar sus frutos. Hoy la propaganda *neomalthusianista* se hace pública y libremente por médicos, sociólogos y economistas. La bibliografía es cada vez más copiosa; se establecen clínicas especiales; se celebran congresos de carácter internacional...

¿Y Malthus? Malthus no aceptó jamás la doctrina que lleva su nombre. Nunca preconizó otra cosa que la contención moral: la *moral restraint*. Ni siquiera admitió — como lo hace la Iglesia Católica — la continencia dentro del matrimonio. Para él no hay términos medios: o no casarse, imprudentemente, antes de tiempo; o aceptar, sin protestas, las consecuencias lógicas de la imprevisión.

